

**LA UÑA ROTA PUBLICA ANUNCIOS,  
LA NOVELA PÓSTUMA DE CAMILA CAÑEQUE**

**La historia de un inmigrante, músico de *free jazz*, que es expulsado de Nueva York y de un siglo XXI en el que se encuentra perdido y al que no pertenece.**

**La novela se encontró en el ordenador de la autora de *La última frase* (4.<sup>a</sup> ed.)**

NOTA DEL EDITOR A LA PRESENTE EDICIÓN

En 2024, pocos meses después de la publicación de *La última frase*, se encontró en el ordenador de Camila Cañeque una carpeta que contenía una novela inédita, acompañada de diversos documentos con bosquejos, croquis y sucesivos borradores. La versión más reciente y completa lleva por título *Anuncios*.

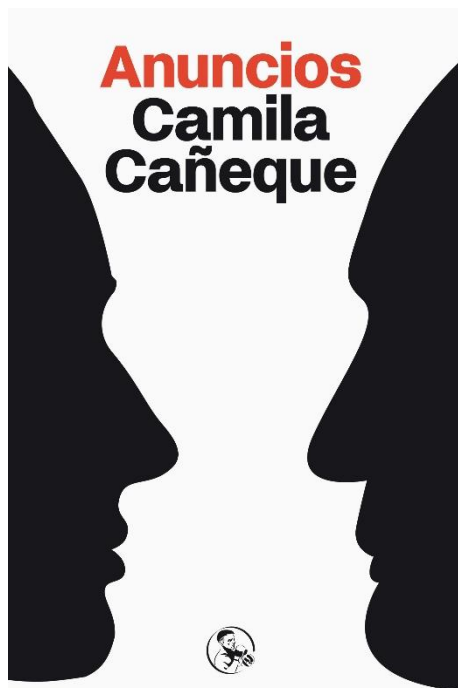
En una nota adjunta, sin embargo, puede leerse: «Este texto también podría titularse *Masaje* o *Concierto* para nadie, en dos o tres actos y dos o tres intermedios. Una historia que se abre y se cierra con un masaje. El retrato de un músico que actúa en su apartamento para alguien que no interactúa y retransmite el show».

En uno de los bocetos conservados se señala asimismo que el personaje de Don está inspirado libremente en un músico lituano afincado en Nueva York, especialmente reconocido como percusionista y compositor dentro del free jazz y de la vanguardia escénica y musical, a quien la autora conoció en Brooklyn por mediación de **Jonas Mekas** (1922-2019, cineasta y escritor lituano-estadounidense, figura central del cine experimental neoyorquino desde la segunda mitad del siglo xx).

La versión que aquí se publica es, por tanto, la última del original, y aquella que la autora dio por válida. La intervención editorial se ha limitado a la corrección ortotipográfica y a ajustes puntuales.

**La uña Rota**

---

**Ficha técnica**

Editorial: La uña RoTa

Publicación: abril de 2026

Págs: 244

Formato: 130 x 200 mm.

ISBN: 978-84-18782-84-8

PVP: 19,90 euros

**Contacto de prensa:****Sinopsis**

En Brooklyn, Nueva York, en un apartamento inclinado donde apenas se puede estar de pie, vive Don. Bebe desde el principio —vino, bourbon, cerveza, vodka cuando la noche se espesa—, pero casi siempre bebe igual, en una taza de recuerdo, una taza turística de Miami, de color turquesa, uno de los pocos elementos estables en medio del desorden, y mientras bebe, habla sin parar, como si hubiera público, como si alguien estuviera ahí, frente a él, esperando, «Señoras y señores...», repite, con una naturalidad que ya no distingue entre vivir y actuar, porque Don está en escena y alguien lo mira.

Una mujer —la narradora— observa todo lo que hace, está presente en cada momento, pero no interviene nunca, no responde, no corrige, no participa. Su silencio es absoluto. Don habla hacia ella, para ella, sin recibir nada a cambio, ni una sola réplica, pero es ella precisamente quien retransmite lo que dice y hace. En ese espacio cerrado, todo se vuelve espectáculo: un masaje puede ser un concierto, una conversación, un monólogo, cualquier gesto.

*«Me gusta el jazz viejo. El swing que tiene. Es la música del buen humor. No hay problemas en esas notas. Y está tocado desde el estómago. Desde el corazón. Los músicos la hacían para salvarse.»*

Don improvisa, como en el free jazz que admira, salta de una idea a otra, mezcla recuerdos, ocurrencias, momentos de lucidez y de desvarío, se cree bueno, incluso mejor que otros que sí han triunfado, quiere ser reconocido, quiere ser famoso. Pero ese reconocimiento no llega, y en ese desfase entre lo que cree ser y lo que el

mundo le devuelve, su discurso se vuelve más insistente, más frágil, cada vez más atravesado por el alcohol, que vuelve una y otra vez a esa taza de Miami.

La novela no avanza de forma continua, funciona por cortes: de pronto, sin transición, el apartamento desaparece y aparece el bar, no vemos a Don salir de casa ni entrar en el local, simplemente está allí, sentado, bebiendo otra vez, como si hubiera un cambio de plano, como si la vida se organizara en escenas colocadas una junto a otra.

En el bar, Don guarda silencio, solo bebe. Deja de ser el centro, se convierte en uno más, y entonces el relato se llena de voces: clientes que hablan al barman, algunos hablan entre sí sin apenas escucharse, otros cuentan historias personales a medias, otros se quejan, hay quienes se contradicen, mujeres, hombres, jóvenes, ancianos, parejas que juegan a pelearse, todos intentan explicarse, contarse. Por ejemplo: un hombre discute con un sistema automático que no le entiende, otro no soporta repetir nada, ninguna rutina, en su vida, alguien intenta reconstruir una relación sin saber en qué momento empezó a fallar, otros hablan de dinero, de aplicaciones, de criptomonedas, de astrología, de cansancio, de que si hace frío, que si hace mucho calor, todos hablan, pocos escuchan. Estamos en Nueva York, el paisaje de fondo y audible de esta novela

Las historias no se cierran, se cortan, las voces dialogan y no dialogan, se superponen, son mensajes lanzados al aire, fragmentos de discurso sin destinatario, como anuncios.

Don bebe y escucha, pero sobre todo se diluye, y cuando ese ruido colectivo se impone, el capítulo termina. Sin transición, la novela vuelve al apartamento: otra vez el techo bajo, la radio, suena el jazz de Miles Davis, John Coltrane, Eddie Harris, Bill Evans, Sonny Rollins..., y, siempre, el cuerpo, el alcohol, las lentejas que cocina, la taza de Miami, el soliloquio –lúcido y, por momentos, delirante– de Don.

Así se construye el libro, por alternancia, interior y exterior (los capítulos encabezados por el número 1 tienen lugar en el apartamento de Don; por el número 2, en el bar, los bares; soledad y multitud, monólogo frente a un coro de voces anónimas). Y entretanto, al apartamento de Don llegan del exterior algunos ecos de la actualidad que dan pistas sobre el tiempo en que transcurre la novela, como la noticia de la muerte del filósofo Mark Fisher.

En ese vaivén aparece, de forma intermitente, el vecino, otro Don, Donato, pintor, también extranjero, también artista, una de las pocas presencias que atraviesa el aislamiento del protagonista, llama a la puerta, intercambia algunas palabras, propone un concierto, entra y sale, y con él, por un momento, parece posible el diálogo, aunque nunca llega a sostenerse.

El otro Don funciona como un espejo leve, otra forma de estar en la ciudad, su presencia introduce la posibilidad de vínculo, pero también muestra su fragilidad: siempre se va, siempre queda fuera, y el protagonista vuelve a quedarse solo, con su taza y su voz.

Mientras tanto, la ciudad ha cambiado, Don lo repite como quien intenta fijar algo que se le escapa: antes todo era más real, más claro, más peligroso; ahora todo está más mezclado, más difuso, los lugares ya no significan lo mismo, la gente no pertenece a ningún sitio, las experiencias parecen intercambiables, hay pantallas, marcas y discursos que lo atraviesan todo. Todo parece un anuncio.

Y en medio de ese mundo, Don sigue hablando y bebiendo, siempre con esa taza en la mano, como si ahí quedara algo a lo que agarrarse, habla para sostenerse, para no desaparecer, para responder a un silencio que no se rompe, porque la narradora sigue ahí, mirando, sin decir nada.

Y al final, lo que queda no es tanto la historia de un hombre como la sensación de haber asistido a algo: una vida convertida en espectáculo, una voz que no encuentra respuesta, un mundo lleno de discursos que no llegan a nadie.

*«Señoras y señores, no se preocupen. No se depriman. El día de hoy está a punto de terminar. Aguanten un poco más. Dentro de un rato, este terrible día habrá pasado. Y entonces ya está. Adiós Blue Monday. ¡Resistan!»*

### **Nueva colección**

Con *Anuncios*, La uña rota, Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial Cultural 2025, inaugura nueva colección. El nombre surge y, de alguna forma, celebra aquella novela de Georges Perec titulada, precisamente, *El Condotiero* (*Le Condottière* en francés), la primera que escribió y, sin embargo, tras ser rechazada por varias editoriales, fue publicada póstumamente.



**Camila Cañeque** (Barcelona, 1984-2024), escritora, artista y filósofa. Su obra aborda el cansancio a través de proyectos de escritura, performance, instalaciones y objetos. Mediante un uso figurativo del vocabulario de las sociedades de consumo o a través de composiciones más abstractas, su práctica es un elogio de la inmovilidad. Escribió textos para dos proyectos de La Capella: «El motor inmóvil» y «Correspondencias simbólicas»

entre folklore católico y música mákina en el casco antiguo de Barcelona»; así como el ensayo «Los olvidantes», publicado en un volumen colectivo por la editorial Brumaria; y el artículo «Compartir intemperie», en la revista Jot Down.

Ha mostrado su trabajo internacionalmente en lugares como The Kitchen (Nueva York), Microscope Gallery (Brooklyn), el Museo de Arte de Queens, la Galería Vermelho (São Paulo), entre otros, y a nivel nacional en espacios como la Blue Project Foundation, CaixaForum, la galería Joan Prats y en Madrid ha colaborado con La Juan Gallery. Además, ha expuesto en la galería Lucía Mendoza y el Museo Lázaro Galdiano. Falleció el 14 de febrero de 2024 de muerte súbita mientras dormía, muy poco antes de publicarse *La última frase*, su primer libro —en 2026 ya en su cuarta edición y 6000 ejemplares vendidos—

### **De *La última frase* se ha dicho:**

«Imposible ignorar la belleza del método, y en especial del estilo, de Camila Cañeque». Enrique Vila-Matas, *El País*

«*La última frase* es una absoluta maravilla». Sabina Urraca

«Una exquisitez». Juan Tallón, *El Periódico*

«La frontera, el límite entre la realidad y la ficción, entre lo individual y lo colectivo, entre la luz y la oscuridad palpita en estas páginas de una forma abrumadora». Mey Zamora, *Cultura/s, La Vanguardia*

«*La última frase* de Camila Cañeque es una curiosa “instalación textual” en la que se juega y reflexiona a la vez con “la última frase” de casi medio millar de libros, objeto de una esparcida glosa filosófica sobre la experiencia del desenlace». Ignacio Echevarría, *El Cultural*

«Libro puzle, libro abanico, libro constelación». Gema Monlleó, *Détour*

«Una experiencia que sobrepasa la literatura para mestizarse con el arte». Eloy Fernández Porta (*del artículo de eldiario.es*)

«Una preciosidad de libro». Marta Echevarría, Radio 3 *Hoy empieza todo*

«En medio de toda esa coreografía de últimas frases, la autora habla de nuestra relación con lo temporal y los límites, del impacto de la ficción en la construcción del tiempo y la memoria —ficción que entiende como un “arma para llevar a cabo nuestra venganza sobre el mundo”— y reflexiona sobre la **creación contemporánea** y esos formatos híbridos que muestran sus grietas, pliegues y andamios, procesos vivos que comparten crisis y transiciones». Marta García Miranda, *El Periódico*

«La última frase de Camila Cañeque es un ejercicio fascinante. Me ha dejado loquísimo. Es un libro delicioso». BOB POP, *HOY POR HOY, CADENA SER*

«Un libro collage, un libro inventario, una novela a lo David Markson, tiene algo de azar, de juego, y la premisa se la podría haber ocurrido a Italo Calvino». Aloma Rodríguez, «Barra libre», *Hoy empieza todo 2*, Radio 3

«La última frase de Camila Cañeque es una curiosa “instalación textual” en la que se juega y reflexiona a la vez con ‘la última frase’ de casi medio millar de libros, objeto de una esparcida glosa filosófica sobre la experiencia del desenlace». Ignacio Echevarría, *El Cultural*

### **Extracto de *Anuncios***

*Rellena la taza de vino.*

—Yo he perdido. He perdido el sentido de las cosas reales. Me dejaron. Todas esas cosas que me gustaban se han ido. Ya no están aquí, en el presente. No existen ahora. Las cosas siguen ahí, pero tienen otro significado. Me gusta, sí, todavía me gusta esta ciudad. Pero todo ha cambiado. Antes era diferente para mí. Es difícil saber qué es lo que ha pasado. Ahora todavía están allí, pero me han dejado. Veo los lugares, pero las asociaciones han cambiado *Coge la taza de vino y bebe.*

—Soy yo. No es la ciudad. En otro momento, todo esto tenía sentido para mí. Hoy he estado en la Segunda Avenida y he pensado en todo esto. No había nada de lo que hay ahora. Antes había gente loca, gente de la calle. No podías pasear por según qué calles, no había cafés o restaurantes, nada, cero. Eso es lo que recuerdo. Era peligroso, pero era real. Era muy real para mí. Y además, era lo que era. Eso era eso. Y aquello era aquello. Era muy fácil de definir. Ahora ya no es así.

*Deja la taza, coge la botella y bebe.*

—Ahora hay una gran ambigüedad. Antes estaba claro. Para mí, era así. Ahora ya no existe de esa forma. Ahora hay una enorme mezcla de gente, de todo tipo, que paga 4000 dólares al mes por un pequeño apartamento o gente que vive por nada, que ha estado en el mismo edificio durante generaciones. Son hechos. Lo concreto es algo del pasado.